

Ricardo Palma Salamanca

UNA LARGA COLA DE ACERO
(Historias del FPMR 1984-1988)

COLECCIÓN SEPTIEMBRE



I

Mírenme bien, estoy sentado con una pierna cruzada y mi espalda ligeramente inclinada hacia atrás. Desde aquí puedo ver mi botella de cerveza y a través de ella oteo a la gente soberana del aburrimiento. Poso las manos sobre mis muslos. Sobre mi cabeza hay una lámpara de dos tubos fluorescentes, uno de ellos titila y por unos segundos se apaga súbitamente. Este tipo de luz hace que uno vea todo el ambiente de un color verdoso claro, provocado por la temperatura del color de las lámparas. Mi posición en esta silla me da un breve aire de soberbia, como si mirara de manera despectiva a todos los que van entrando. Algo de eso hay en parte.

Lo olvidaba, una de mis manos, la derecha para ser exacto, permanece semiculta por causas que contaré más adelante. ¿Nadie sigue siendo el mismo luego de haber pasado por tanto, no?

Puedo, tal vez, ser un verdadero hijo de puta; sin embargo, nadie podrá sacar de mi cabeza la cantidad de cosas y hechos que fui viendo y sintiendo a lo largo de muchos años. Pero vamos, a los que me estén escuchando, no crean que me arrepiento de algo y no me vengan con el absurdo mecanismo de decirme "pero, ¿lo volverías a hacer?". Las cosas se hacen una sola vez en la vida, lo demás es patraña mímica. Aprender de los errores, ¿para qué? ¿Para que otros no los repitan? Mentira pura, los que vengan se equivocarán con lo suyo, caerán en sus propias catacumbas y acertarán en lo que les corresponde, como nosotros en nuestro tiempo. Alzamos grandes banderas y nos sumergimos en oscuridades llenas de luminosidades. Pero no fue nada en comparación con lo que se está viviendo hoy, yo prefiero seguir siendo el mismo hijo de puta de siempre a que me reconozcan como un aporte al orden obtuso y sistemáticamente lineal. Lo digo de una vez, yo no aporté para nada a la democracia. No, gracias, yo

paso de vuestras condecoraciones para héroes póstumos. No me siento parte de vuestro orden, aparte que no me aceptarían, pero eso me da igual. Tengo mis cosas bien asidas, y de ahí no se moverán. Soy un inepto desconocido e intransigente, una basura moderna con todas sus letras y acentos.

Miren ustedes que me escuchan, ahora estoy sentado en un bar de Santiago como en mis viejos tiempos cuando planificábamos verdaderos actos de sabotaje, conspirábamos y éramos de verdad, vivíamos la vida al día. Afuera ella bullía como una marmita en pleno infierno, no nos atormentábamos con las necesidades humanas, tampoco nos las creábamos. Fuimos de una edad de zepellines y aviones sin alas.

Tengo historias para contar por aquellos que guardaron silencio entre la tierra, por mis conocidos muertos y por aquellos que aún permanecen vivos repartidos por el mundo. Mis camaradas reciclados, los nuevos taxistas de la urbe, los porteros, los nuevos guardias de seguridad del mundo alternativo, los que sienten una íntima y silenciosa vergüenza por haber matado a unos cuantos criminalillos, carniceros de tiempo en tiempo.

Ahora vean ustedes, esta gente que bebe sin cesar a mi alrededor, sin premura ni urgencia, no son sino pequeños y minúsculos núcleos del aburrimiento. Trabajan para mantenerse y lo que ganan lo invierten en mantenerse para seguir trabajando. Qué círculo, qué sistema más absurdo aquél: un circuito verdaderamente endemoniado. ¿Quién puede vivir así, digo yo? Pero bien me pudieran decir, de verdad, qué tipo más engreído, que no veo las cosas sino en forma compulsivamente polar. No tienes, me dirían, la capacidad de acceder a otras miradas igualmente válidas. Pues bien, lo aceptaría, siendo que mi capacidad para el diálogo es casi nula y es cierto, las cosas no se entienden sino viviéndolas y más aún, mejor sentir las que entenderlas.

¿Qué intolerante, cierto? Pero en fin, la vida continúa, diría un optimista enfurecido. Mientras yo sigo bebiendo cerveza, es cierto, ya no tiene el mismo sabor y así, muchas cosas fueron perdiendo la virtud de su importancia. Aún no entiendo qué fue lo que pasó; no sé si yo me fui decolorando con el tiempo o el tiempo lo hizo a mi alrededor. La cárcel, los muertos, los devenidos soplones, los que al final se fueron cansando no lo dejan a uno de igual manera ¿no? No vamos por ahí viviendo cosas sin dejar de ser lo que fuimos. Cada día nos morimos un poco más. Pero qué va.

Conocí gente verdadera, rebeldes de otros tiempos, piratas reencarnados bajo una época de luces y colores intransables. También fui accediendo a mi propia historia, mi relato particular. Reconocía mi supuesto origen a través de los demás. Hacíamos de los días una cosa única, irreemplazable, una proeza con sus propias desgracias. Pero vamos, no me confundan, que no quiero aparecer como el viejo tercio que añora sus tiempos pasados y convierte su narración en una constante rememoración melancólica. Nuestro tiempo se nos fue, el de muchos, el mío en particular. Pero ¿qué importa? A veces las historias valen más por sus hechos que por sus intentos y objetivos. Son más bellas por sus actos que por sus consagraciones. Realizar el sueño utópico resulta, en oportunidades, algo decepcionante y vale más, en estos casos, el intento de algo que su concreción. Este es mi ínfimo acercamiento discursivo.

Escúchenme, yo no estoy hablando con nadie, toda esta habladuría transcurre en mi cabeza mientras bebo mi cerveza, la gente pasa, los mozos atienden, las horas se van como todos los días, el bar es el mismo de siempre, el de años atrás. Así pasan mis días contemporáneos, entre mi diálogo sin receptor y mis ocupaciones absurdas. Me narro cada día mi propia historia, en silencio, repaso los años como una materia suave. Hoy es uno de esos días:

La cosa fue difícil, bastante difícil. No era problema de ingresar a una organización de beneficencia. El problema venía después, dentro de unos años, cuando ya todo estuviera más claro. Aquellos, a los que me uniría, se traían las cosas muy en serio y debido a eso se podía esperar cualquier situación. Entiéndanme, yo no podía adivinar cuán serio era todo aquello. Mi edad, precaria aún, no me dejaba comprender que la muerte en estas cosas se tomaba como un riesgo necesario, como un accidente de trabajo. Para mí la muerte siempre gozó de un misterio inaudito y casi monstruoso. Aquella mañana cuando les vi la cara me dije: Estos tipos se la creen muy profundo.

Estábamos en casa de Lara, que era la más interesada en conocer a estos tipos. La verdad, no tengo idea de dónde sacó la información para contactarlos; habrá sido en los pasillos de la universidad o en algún rincón de Valparaíso, pero bueno, ahí permanecíamos serios como yo estudiantes.

Sentados nosotros a un lado y ellos dos al otro costado de la mesa. Comenzó hablando el hombre de bigotes gruesos. Su cara, como un gran rectángulo, estaba adornada por

lentes de carey similares a los usados por los jefes Sandinistas en pleno apogeo de su revolución, cuando se les veía alegres, seguros de los pasos dados, confiados de la victoria reciente. Cuando movían sus manos en las manifestaciones desafortunadas sobre las calles, con los mismos nombres y las mismas sombras.

Aquel hombre era serio, extrañamente misterioso. Sus palabras eran pronunciadas con esmero mientras fumaba como al borde del cadalso. Tenía una muletilla que repetía a cada segundo entre cada palabra. En realidad ya me estaba aburriendo, era como si jamás fuera a llegar al final de todo aquello que decía. Era como un discurso aprendido de memoria.

Mientras hablaba me puse a mirar a Pablo Barza, mi amigo entrañable: aquel tipo sí que era un erudito en materias de la cabeza. Poseía un vocabulario vastísimo y lo mezclaba con verdaderas proezas de la reflexión. A él nadie podía venirle con cuentos. Se las batía con cualquiera que presumiera de conocimiento. Ahí los dejaba, luego de una prolongada discusión, y vaya qué sonrisa se le veía cuando sus adversarios callaban ante sus argumentos. Silenciosos y derrotados, Barza los humillaba hasta el cansancio, se los comía una vez muertos, gozaba con la carne descompuesta de sus enemigos. Aquél es el vicio de los intelectuales, no saben dónde detenerse. Saben tanto que su propio conocimiento los empantana en una ciénaga sin sentido.

En fin, cuando el tipo de bigotes hablaba, yo miraba la cara gruesa de Barza deglutiendo cada palabra suya. Lo veía pensar con sus negros ojos clavados en el rostro del hombre. Y pensé: Barza se lo va a comer, no le perdonará ni siquiera una falta de dicción. Pero no fue así. Al parecer Barza los respetaba demasiado como para destrozarlos con sus palabras. Aquí nada tenía que ver la cara abstracta de los discursos, el tono desaguado de los argumentos o la vacuidad del saber. Barza respetaba, en aquel momento, la fuerza física, el tesón de los nervios y la dureza de los huesos de aquellos hombres. En cierta forma los admiraba bajo una perspectiva desconocida y translúcida.

Es cierto, uno no puede venir a jugarlas de canchero. Hay que dejar que estos tipos hablen, convenzan, que se muevan como un pez en el agua con sus convicciones y en una de esas, pensaba yo, logran embarcarme. Al fin estaba ahí porque algo quería hacer en medio de toda esta historia que se gestaba embrionariamente.

Mi enflaquecido país, es cierto, Chile hambriento de una identidad extraña, irreconocible, constituida paso a paso por salvajes hablando de una trilogía moderna entre el poder de la tierra y tratados jurídicos infalibles, dominativos y ampulosos. Mi paisito, desangrado por vergüenza, muerto en su imagen de resistencia fecunda y atrapado en una lengua sin dios, despertando siempre después de la masacre, tarde ya para rellenar esos vacíos que nadie quiso mirar. Siempre alzado a medias, inconcluso, moderado y negociante; ah, mi paisito, bella copia feliz de cualquier cosa... ¿Tal vez habría que hacer algo, no?

Recuerdo cuando recién comenzamos a hablar con Barza y Lara respecto a poder hacer algo en el nuevo panorama que se abría frente a nosotros. Aún estábamos en la universidad a fines del año 83. Yo terminaba literatura, Barza permanecía pegado a la escuela retocando ramos de filosofía clásica porque no tenía nada más que hacer y Lara cursaba tercero de... ya no me acuerdo lo que estudiaba, pero lo que haya estudiado lo hacía muy bien. Ella siempre fue esmerada en ese tipo de actividades. Por mi parte la universidad no me encajaba del todo. Era algo así como un hábito, nada más había llegado a ella sin pensar demasiado y con esa misma simpleza me desplazaba por su interior.

—Ésta es una nueva etapa en la lucha del proletariado chileno, digamos, definitivamente se está desencadenando, de forma lenta pero segura, un estado de madurez en las condiciones subjetivas. El pueblo ya no da más, digamos, la miseria económica y la represión no pueden seguir, me entienden ustedes, digamos, son jóvenes y el pueblo y su partido requieren del esfuerzo de las nuevas generaciones para consolidar un estado nuevo de cosas.

El hombre de los bigotes terminó de decir aquello y reinó un profundo silencio entre su acompañante y nosotros tres. Fueron sentencias, definitivas, palabras finales para un comienzo en nosotros. Cada cual las interpretaba a su modo, con lo que se tenía.

El acompañante del tipo de bigotes era un hombre delgado, con rostro cadavérico, cansado y humilde. Era de aquella humildad que se construye con el tiempo de ser un mandado y de aceptar cada cosa que se le propone, sin decir nada. Yo no entendía ese tipo de hombres, ni aceptaba aquella actitud ante la vida. Si yo permanecía sentado escuchándolos, en medio de mis dos compañeros, era porque algo me movía a hacerlo y creo que a mis amigos también.